

Discurso del rector,
Ricardo Castillo A.,
durante su toma de posesión.
Guatemala, 1 de diciembre del 2021

Estimados:

Es para mí un honor dirigirme a este auditorio, en un tiempo tan especial para la Universidad Francisco Marroquín, como el cumplimiento de sus 50 años de aniversario. Ello significa 50 años de esfuerzo y ganas de hablar sobre la libertad, enseñarla y defenderla.

Permítanme compartir con ustedes una anécdota personal. Cuando se fundó la Marro, yo todavía era un patojo y no lo recuerdo muy bien. No fue sino hasta tres años más tarde, cuando, ya adolescente, empecé a hablar con mis amigos de nuestros futuros estudios universitarios, y la Marro se presentó como la mejor alternativa. Aún no lograba entender hasta qué punto la nueva universidad, liderada por Muso Ayau, había nacido para cambiar nuestras vidas.

Y así fue desde el primer momento. Al poco de llegar con mis amigos a estudiar Derecho a la UFM, decidimos crear la Asociación de Estudiantes de Derecho de la Universidad Marroquín, la ADEUM, que sigue hasta hoy.

Cuando Muso supo que habíamos formado esa asociación nos hizo llamar para saber qué pretendíamos conseguir. Y nos hizo ver que, si tan solo veníamos a reivindicar la protesta por la protesta, lo nuestro no tenía mucho recorrido. Le explicamos que queríamos proponer algunas

mejoras, como cambiar los pupitres, pues utilizábamos todavía aquellos inclinados, en los que era imposible poner con éxito una máquina de escribir.

Muso nos dio entonces una lección, que sigo aplicando hasta hoy. Nos vino a decir que, si habíamos detectado un problema, si éramos libres para denunciar una falla, entonces también debíamos responsabilizarnos de buscar la solución. Y así lo hicimos, recaudando los fondos para cambiar las mesas.

Sí, la Marro había llegado para cambiar nuestras vidas. No éramos conscientes de ello, pero hoy sí podemos afirmarlo con orgullo. La UFM nos cambió y cambió también a Guatemala.

Y esto no es una exageración. Hoy, 50 años después, la Marro es ya parte indisoluble de Guatemala. Si en nuestro país términos como emprendedores, libertad de mercado o responsabilidad individual han pasado a formar parte de las conversaciones comunes, no lo duden, lo hemos conseguido desde la UFM. Y quiero enfatizar este punto: la Marro no es un lobby político, que quiera colocar a sus candidatos en puestos de poder. Aquí no estamos para fabricar eslóganes electorales. Nuestro objetivo es a la vez más sencillo y más ambicioso: lograr que la libertad —sobre todo la de mercado—, la responsabilidad, la iniciativa, el emprendimiento, formen parte de la vida común de los guatemaltecos e, insisto, hemos conseguido que esos temas sean habituales en las conversaciones cotidianas.

Soy consciente de que es de sobra conocida nuestra defensa de la libertad, la responsabilidad individual y el emprendimiento. Es nuestra misión. Y ahora, que asumo como rector, resulta importante recordar que el cambio en la dirección no supone ningún cambio en la misión. Porque, como muy bien decía Giancarlo, «mucho antes de que se pusiera de moda la práctica de definir la misión y la visión de las empresas, los fundadores de nuestra institución plasmaron



este rumbo». O, como decía Fernando Monterroso: «el capitán puede cambiar, pero el rumbo, no».

Avanzar por ese rumbo no ha sido un trabajo fácil ni, sobre todo, rápido. Los frutos del esfuerzo de los creadores de la UFM y de los que tomaron y tomamos el relevo, los vamos obteniendo en esta carrera de fondo, donde sabemos que cada paso adelante costará tiempo, mucho tiempo. Pero, de nuevo, lo estamos consiguiendo.

Y lo estamos logrando a nivel guatemalteco, pero también, con toda modestia, a nivel internacional. Buena prueba de ello son nuestros campus en Panamá y Madrid. Si estamos allí es porque hay un público que nos ha acogido, que siente la necesidad de contar con una institución de estudios superiores que les hable de la libertad.

Soy consciente de que, en Madrid, como nos ocurrió en Guatemala, el éxito no va a llegar al día siguiente. Que hemos de dotarnos de paciencia, como hizo Muso aquí en Guate. Que hoy podemos parecer una rareza exótica: ¡una universidad centroamericana en una capital europea! Pero que mañana nos verán como esa universidad cuyo compromiso por la calidad académica y la atención individualizada a nuestros estudiantes son reales. Una universidad que, pasado algún tiempo, se convertirá en referente de los amantes de la libertad y la responsabilidad. En definitiva, lo mismo que nos ocurrió a nosotros cuando surgió la Marro, tal como les acabo de contar, cuando para mi generación, de partida, solo era una opción más, pero terminó siendo toda una forma de encarar la vida.

Y ya que hablamos de nuestra expansión más allá de estas tierras, quisiera hacer aquí una reflexión al respecto de esos nuevos campus y, sobre todo, de este, aquí en la zona 10 de la ciudad de Guatemala. Soy consciente de la importancia que hoy tiene la educación virtual. Plataformas como Zoom, Google Meet o Microsoft Teams han venido para quedarse y se han



convertido en herramientas indispensables en la enseñanza actual, aun más importantes durante la pandemia de la COVID-19. Sin embargo, nos equivocáramos si pensáramos que los campus físicos, las aulas con sus pupitres y sus pizarrones, los laboratorios, la biblioteca o incluso la cafetería ya no tienen importancia.

Miremos a nuestro alrededor, aquí en nuestro campus. No solo es un lugar especialmente bello, algo en lo que insisten mucho nuestros visitantes. También es el sitio donde encontrarnos, donde reunirnos, donde debatir y discrepar, pero, sobre todo, donde descubrirnos como personas. Sí, las plataformas virtuales son un gran auxilio cuando no es posible vernos directamente. Pero no pueden reemplazar el encuentro directo. Porque la Marro, como espacio físico, es el mejor sitio para estudiar. Quiero repetir esta idea. Somos una universidad. Es decir: un lugar donde es posible encontrar amigos, hacer planes para el futuro y pasar un buen rato. Pero, sobre todo, es un lugar donde enseñar y aprender. En definitiva, para estudiar. Y este campus es precisamente el mejor lugar para hacerlo.

De nuevo, no estoy renegando de las nuevas tecnologías. Estoy recordando el valor del espacio creado para estudiar y reflexionar, de las aulas en las cuales aprender. Porque, además, nos hemos esforzado por hacer que cada rincón de nuestra universidad sea un libro abierto. Las citas que serpentean entre los senderos, las historias que adornan los paseos, los personajes que nos acompañan en los pasillos, no son meros objetos de ornato. Son una forma más de reflexionar sobre la libertad y la responsabilidad.

De modo que seguiremos mejorando este campus. Porque queremos que la gente venga a aprender con nosotros, pero queremos que sepa, además, que este es el mejor sitio para estudiar, porque está concebido para y por la enseñanza de la libertad. Así que, no lo duden: sin olvidarnos de las nuevas tecnologías, hemos de seguir construyendo.



Tampoco podemos olvidarnos de Madrid. Allí también hemos de crecer. Recuerden: es la nuestra una carrera de fondo, una apuesta a mediano y largo plazo. Obviamente, no podemos conseguir en Madrid una réplica exacta de nuestro campus aquí. Los madrileños no tienen la fortuna de vivir en la Eterna Primavera. Pero sí podemos aspirar a exportar nuestra forma de concebir la universidad como el mejor espacio posible para estudiar sobre la libertad y como el mejor espacio posible para que ese estudio se enraíce.

Ahora bien: no nos llamemos a engaño. Madrid es, hoy, una respuesta a los estudiantes de la Marro: esos jóvenes intelectualmente inquietos, que siempre han mostrado empeño por completar su formación lejos de Guatemala, estudiando uno o varios años en el extranjero. Podemos preguntarnos si, para dar cabida a ese deseo de conocer, de explorar, había que hacer todo un campus al otro lado del Atlántico. La respuesta es sí. Sí, sin duda alguna. Primero, porque satisfacemos esa necesidad de nuestros alumnos de obtener una experiencia fuera de su país. Segundo, porque convertimos a esos estudiantes en nuestros mejores embajadores. De nuevo, no de un año para otro, sino en el largo plazo. Cuando los alumnos de la Marro, en sus salidas por Madrid, vayan explicando a otros universitarios lo que hacemos en la UFM, el primer día parecerá un grupo exótico; el segundo, una alternativa que se va asentando; pero al tercero, serán exponentes de una forma realmente diferente de encarar los estudios, asumiendo la responsabilidad de atreverse a defender los derechos propios y entendiendo el valor de la competencia.

Y aquí radica la tercera gran razón de Madrid: esa competencia no ya de los alumnos de cara a su futuro, sino entre los propios profesores. Al instalarnos en Madrid, nos vemos obligados a buscar a los mejores especialistas vinculados al mundo liberal allá en España. Bien: esos profesores de alto nivel moverán a los nuestros aquí en Guatemala a buscar también con más ahínco la misma excelencia. Por supuesto que asentamos nuestra filosofía sobre sólidos cimientos teóricos, pero hemos de saber aplicar la teoría de inmediato y los docentes han de



ser un ejemplo. Compitan por ser los mejores profesores: aquellos que mejor sepan aprovechar las capacidades de sus estudiantes, tendrán cabida entre nosotros.

Aquí podríamos preguntarnos: ¿cómo ser el mejor docente a la hora de enseñar sobre la libertad? Ya Hayek nos dio una pista importante: la del conocimiento disperso. Nadie es poseedor de todo el conocimiento disponible, porque este crece y cambia constantemente. De nuevo, construimos sobre unos principios claramente establecidos: apostamos por la capacidad de las personas para actuar libremente como la mejor forma para lograr su pleno desarrollo; respetamos los derechos individuales, un respeto que solo puede redundar en beneficio del interés social; confiamos en el imperio de la ley como la mejor barrera contra las tiranías, pero siempre manteniendo nuestra neutralidad política.

Y a partir de esos principios tenemos que aprender a ir más lejos. Recordemos el programa que ya hemos puesto en marcha: «Libertad en acción». Planteamos problemas reales y buscamos la solución desde el ámbito de la libertad. Para buscar esa solución ya no hay una respuesta única —por ejemplo, de los economistas— sino que son los diferentes enfoques, siempre desde nuestros principios básicos, los que pueden llevarnos a un resultado válido. Por ejemplo: el acceso al agua potable: ¿es una mera cuestión de salud pública? ¿No es también un debate sobre los propietarios de las fuentes? ¿Qué tecnologías podemos poner en marcha para hacer un uso más racional de esa agua? ¿Podríamos crear un mercado donde compitieran diferentes abastecedores de agua?

Y la pregunta clave: ¿tenemos una respuesta preestablecida para todas esas cuestiones previas? Realmente, no. Tenemos un marco en el que nos movemos: libertad, responsabilidad, derechos individuales. A partir de ahí hemos de investigar, no porque reneguemos de la teoría que conocemos, sino porque esa teoría es la que nos puede llevar —investigando— a encontrar una solución.

The logo for the University of the Pacific (ufm) is written in a light blue, cursive script. It consists of the lowercase letters 'u', 'f', and 'm' connected together. The 'u' has a long, sweeping tail that extends to the right, underlining the 'f' and 'm'. The 'f' has a small loop at the top, and the 'm' has a simple, rounded shape.

En este sentido, hay un terreno de investigación fundamental: el de la historia. La mayor parte de ustedes conocen el programa Exploraciones sobre la Historia o, al menos, sus representaciones más significativas, como el Lienzo de Quauhquechollan o la Casa Popenoe, en Antigua Guatemala. ¿Podemos aplicar nuestros principios al estudio de la historia? No solo podemos, sino que necesitamos hacerlo. Pero ¿supone eso que estamos haciendo una visión sesgada del pasado, que vamos a realizar un revisionismo mediante el cual los tiempos pretéritos justifiquen nuestras propuestas actuales?

En absoluto. En Exploraciones sobre la Historia venimos a demostrar que en los estudios del pasado los grandes olvidados han sido las personas. Las personas, cada uno de nosotros, cuya acción individual termina por generar el desarrollo social. Estamos demasiado acostumbrados a estudiar la historia como una sucesión de héroes: reyes, caudillos militares, líderes políticos. O, peor aún, como una masa homogénea y descerebrada, llamada clase social, estamento o nación.

Ambas visiones son erróneas, porque se olvidan de las personas, que no son rebaño, sino suma de individualidades. Individuos que actúan, que asumen responsabilidades, que se equivocan, que progresan. El Lienzo de Quauhquechollan no es solo el relato americano de la conquista de Guatemala: es la historia de cada uno de los quauhquecholtecas que optaron por aliarse a los europeos para convertirse ellos mismos, cada uno de ellos, en conquistadores. No fue esa lucha de civilizaciones entre el refinado mundo precolombino y los bárbaros españoles que hoy se vende con tanta facilidad en los medios de comunicación, sino la voluntad de un grupo determinado de personas por tomar las riendas de su destino. Individuos en acción, esos son los verdaderos actores de la historia. Y no se trata de juzgar si el resultado de sus acciones fue bueno o malo, sino de entender que el individuo que actúa es el que construye la historia porque asume la responsabilidad de construirla.



Sí, aún tenemos por delante una ardua tarea en la conquista de la libertad y nuestros egresados han de entender que es una labor constante, en la que no podemos bajar la guardia, y que trasciende más allá de lo que se considera que es el territorio liberal: el de la bolsa de valores, los beneficios empresariales o la contabilidad.

Pero seamos cuidadosos. Esto no significa que esté invitando a nuestros estudiantes a movilizarse políticamente, sino a entender todas las posibilidades del emprendimiento. En la Marro no solo se forman economistas o abogados. También hay médicos que han de saber desarrollar nuevas formas de garantizar la salud a los individuos, superando modelos como el del así llamado estado de bienestar. Y arquitectos que tienen que romper las soluciones habitacionales donde el individuo se integra en una masa indefinida. Y cineastas que sepan contar historias que aboguen por los derechos de las personas y no por la subyugación. E historiadores que vengan a recordarnos que somos dueños de nuestro presente y no esclavos de nuestro pasado.

En definitiva, asumo el cargo de rector sabiendo que me toca ponerme en los zapatos de los grandes que me precedieron, que ya pusieron en marcha todas estas ideas que hoy he compartido con ustedes; y que mi papel es esforzarme por aprovechar la ventaja de haber sido precedido por quienes supieron sacar adelante el empeño que permitió la creación de esta institución.

Muso ya se nos fue. Es cierto que tras dejarnos un legado clave para nuestro país y, si me lo permiten, como les decía al principio, fundamental para mi propia vida. Aún cuento con el consejo de Fernando. Gabriel supo darme la confianza que me ha permitido llegar hasta aquí. Sobre todo, recordándome que, como rector, asumo la tarea principal de garantizar la transmisión de nuestros principios fundacionales, esos que Gabriel ha sabido reforzar al reestructurar el Centro Henry Hazlitt.



Pero déjenme que cierre este discurso recordando a quien me hizo volver a esta casa de estudios, me apoyó para ser su secretario general y, en definitiva, sentó los cimientos de mi nombramiento hoy: nuestro querido Giancarlo Ibárgüen, porque nunca hemos de olvidar que «nadie nos ha de impedir construir un mundo mejor».

Gracias.

